

## Juan Pablo II y la Compañía de Jesús

Manuel Alcalá

*Con ocasión de la muerte de Juan Pablo II, se ofrece una interpretación de las complejas relaciones mantenidas entre el Papa y la Compañía de Jesús. Comienza el artículo presentando una panorámica de la Iglesia polaca en la que creció y se formó el futuro Papa y las intervenciones que tuvo en los diferentes encuentros romanos antes de acceder al papado. Prosigue con la relación establecida entre las dos figuras carismáticas, el Papa y Arrupe, primer General de la Compañía con el que coincidió en su mandato. Plantea la situación de excepción que vivió la Compañía con el nombramiento de un delegado personal, estableciendo, para finalizar, la normalización progresiva conseguida hasta la actualidad tras la elección del P. Kolvenbach como superior general.*

En agosto de 1939 era inminente la guerra en Europa. La obsesión nazi por un *espacio vital* en el este de Europa, tras haberlo logrado en el oeste (Sarre) y en el centro (Sudetes), hacía de Polonia el primer objetivo de su ataque armado. Había que recuperar las tierras germanizadas, por habla y cultura. Días antes del conflicto, *Hitler* comunicó al mando de la *Wehrmacht* su intención de aniquilar al país vecino, destruyendo sus tres pilares históricos: el ejército, la intelectualidad y el clero. Por aquellas semanas un joven recluta de 19 años, *Karol Wojtyła*, terminaba su servicio militar cerca de Cracovia.

Durante casi todo el quinquenio posterior (1939-1944), el gobierno

nazi de ocupación liquidó a la oficialidad del ejército polaco, superviviente de la guerra relámpago y del ataque de la URSS, deportó a los políticos y pensadores que no habían podido huir al extranjero. Se empezó internando en el campo de concentración de Sachsenhausen (Berlín) a 140 profesores de la universidad de Cracovia. Luego, el zarpazo al clero fue terrible. Seis obispos, 2.000 sacerdotes diocesanos, 289 religiosas y 640 religiosos forman el martirologio nacional. También la Compañía de Jesús tuvo su martirio específico.

Al estallar la guerra (1.IX.1939), los jesuitas polacos eran unos 200 sacerdotes, 300 estudiantes y 250 hermanos laicos, distribuidos en las provincias norte y sur con sedes en torno a Varsovia y Cracovia. Casi todas las obras de la Orden fueron sistemáticamente cerradas. En el sur, el hogar obrero (1940), el filosofado (1941) y la curia provincial (1944). Unos cien compañeros fueron deportados a los campos de concentración. Algunos, a Auschwitz (Polonia). Los más a Dachau cerca de Munich (Alemania). Muchos fallecieron o fueron asesinados. En el campo de Baviera, de los 96 jesuitas internados, 68 fueron polacos. Unos 40 eran escolares jóvenes. Murieron de enfermedad y anemias diversas, 31 jesuitas en total, de ellos 25 polacos. Otro cente-

nar desapareció sin dejar el menor rastro<sup>1</sup>. Tales noticias llegaban clandestinamente al arzobispado de Cracovia, donde el joven *Karol Wojtyła* se había refugiado, huyendo de la policía secreta política (*Gestapo*). Al ser liberada la capital por el ejército rojo (1944) y acabar la guerra (1945), el seminarista obrero terminó sus accidentados estudios, en el curso escolar siguiente (1945-1946).

### Sacerdote, obispo, padre conciliar

A poco de su ordenación (1.XI.1946), el neo-sacerdote fue enviado a Roma por su arzobispo *Adam St. Sapięha*, para completar su formación teológica con el doctorado, realizado en la universidad de los dominicos, el *Angelicum*. En su tesis sobre *La doctrina de la fe en S. Juan de la Cruz* (1948), tuvo como tutor al teólogo neotomista *Reginald Garrigou Lagrange* OP (1877-1964), opuesto a toda novedad teológica. Vuelto a la patria, fue capellán universitario y profesor de ética en Cracovia y Lublin. Allí trató con algunos jesuitas que trabajaban semiclandestinamente en la Universidad, durante la etapa del estalinismo polaco.

---

<sup>1</sup> P. Van Gestel SJ, *Jesuiten in den Banden von Dachau*. «Mitteilungen aus den deutschen Provinzen der Gesellschaft Jesu» 18 (1946-1948) n° 112, 360-362.

Más tarde, ya de obispo auxiliar (1958) y arzobispo de Cracovia (1964), *K. Wojtyła* siguió en el gobierno diocesano el ejemplo de su maestro y primado, *Stephan Wyszyński*. Por eso, no toleró ninguna pluriformidad doctrinal o práctica. De ahí, la tensión con alguna que otra comunidad religiosa que no sometía su autonomía a sus planes pastorales<sup>2</sup>.

Entre tanto, había llegado el Vaticano II (1962-1965). *Wojtyła* asistió a sus cuatro sesiones con unos 40 obispos compatriotas. Allí supo que había 48 jesuitas, entre miembros y consultores de las diversas comisiones preparatorias y cuatro en la comisión central, además de 60 padres conciliares en las cuatro sesiones, como obispos misioneros jesuitas en África, América y Asia. Entre éstos, el polaco *Adam Kozłowiecki*<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> En la Autobiografía con motivo de su 84 cumpleaños, Juan Pablo II cuenta anécdotas de su vida como obispo. Apenas habla de las congregaciones religiosas apostólicas. Sólo cita al jesuita Henry de Lubac y alaba los movimientos laicales. Cf. *K. Wojtyła, Levantáos, vámonos*, Barcelona, 2004.

<sup>3</sup> Ordenado en 1937, la *Gestapo* de Cracovia lo internó en Auschwitz (1940) y Dachau (1940-1945). Luego, misionero en Rodesia (1948). Obispo auxiliar (1955), arzobispo de Lusaka (1959), cardenal (1998).

Los jesuitas, miembros y consultores de las comisiones previas y los conciliares figuran en Ch. O'Neill - J. Domínguez, *Diccio-*

En el aula conciliar *K. Wojtyła* escuchó las intervenciones de los superiores de la Orden. En las dos primeras sesiones, al padre general belga *Juan B. Janssens* (1964). En la tercera (1964), al vicario canadiense *John L. Swain* y, finalmente, en la

---

*en 1960, el cardenal Wojtyła pidió al futuro Concilio la institución del «visitador episcopal permanente» para vigilar la pastoral de los religiosos*

---

cuarta (1965), al español *Pedro Arrupe*, recién elegido. De éste último le alertaron sus dos actuaciones: sobre el ateísmo (27.IX.1965) y sobre los enfoques misioneros, en una línea de inculturación diversa a la suya (12.X.1965). *Arrupe* también escuchó la intervención del cardenal de Cracovia sobre el esquema Iglesia-mundo, futura constitución *Gaudium et Spes*, al que consideraba excesivamente optimista, sociológico y occidental. Algunos peritos jugaron papeles importantes en su pontificado. Así, *Paolo Dezza* y *Roberto Tucci*.

Después del concilio, *Arrupe*, elegido presidente de la *Unión de superiores generales* (1967), introdujo

\_\_\_\_\_  
*nario histórico de la Compañía de Jesús*. Roma-Madrid, 2001, 3903-3904.

un estilo nuevo de gobierno religioso, basado en el trato directo y personal. Por eso, visitó, además de algunas comunidades italianas, a otras del Líbano, Egipto, Etiopía (1966), Francia y EE UU (1967), India, Bélgica, Irlanda, Yugoslavia, Colombia y Brasil (1968). También, en mayo de 1969, y espiado por la policía, a sus compañeros en países sometidos al régimen comunista. Su presencia en Polonia incluyó un encuentro con K. Wojtyła, ya cardenal (1967). Al no encontrarlo en su palacio de Cracovia, fue a Zapokane en la cordillera de los Tatra, para saludarlo en persona. La entrevista resultó, al parecer, diplomática.

Eran dos líderes intuitivos, condicionados por sus respectivas historias y con buena información mutua. El jesuita frenaba su extroversión con los modos corteses, aprendidos en Japón. El cardenal era cauto, dada la situación política local. Entre otros temas, aludidos por ambos, estuvo la crisis eclesial, desencadenada, meses antes, por las reacciones episcopales ante la Encíclica *Humanae Vitae* (25.VII. 1968). K. Wojtyła había formado parte de la previa comisión de Pablo VI para el *Estudio sobre la Población* con otros quince entre cardenales, arzobispos y obispos y 55 expertos. En este grupo estaban los

jesuitas profesores de moral Joseph Fuchs y Marcelino Zalba (Roma), Stanislas de Lestapis (París) y Giacomo Périgo (Milán).

El mismo Wojtyła muy interesado en el tema familiar había escrito para sus grupos matrimoniales la obra *Amor y responsabilidad* (1960). Para la edición francesa (1965), pidió un prólogo al jesuita Henry de Lubac S.J. De ella se hizo la versión española (1969). El teólogo francés había sido rehabilitado por Juan XXIII, tras su ostracismo, a raíz de la encíclica de Pío XII, *Humani Generis* (1950), junto con otros representantes de la *Nouvelle Théologie*, combatida por otros teólogos, como Garrigou Lagrange. Juan Pablo II agradeció sus servicios a de Lubac y lo hizo cardenal a los 87 años (1983).

Por lo demás, el purpurado de Cracovia, se sentía más cerca de las personas que de las instituciones y, en concreto, de los profesores que de los gobernantes de la Compañía de Jesús. Así, empatizó con la síntesis de Karl Rahner entre el tomismo y neokantismo, a través de Joseph Maréchal, y el método existencialista de Martin Heidegger. El mismo en sus estudios filosóficos intentó otra síntesis entre el neotomismo y la axiología de Max Scheler.

### Encuentros sinodales

Los encuentros Arrupe-Wojtyla siguieron. A los seis meses de la visita en Zakopane, ambos coincidieron en la *I Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos* (1969), convocada por Pablo VI para superar la crisis de la *Humanae Vitae* (1968) que, a su juicio, podía degenerar en cisma.

En el aula el cardenal polaco escuchó las intervenciones del superior jesuita sobre el apoyo eclesial al ejercicio de la autoridad por el trato personal y su petición a la curia romana de más claridad en sus intervenciones. Respecto a las relaciones de las Conferencias Episcopales con los religiosos, Arrupe pidió respeto al carisma de cada instituto y a su *exención canónica*. Wojtyla disintió de tal opinión y, ya en 1960, había pedido al futuro Concilio, la institución del «visitador episcopal permanente», para vigilar y fiscalizar la pastoral de los religiosos<sup>4</sup>.

Ambas personalidades, sin embargo, estuvieron en el grupo redactor del mensaje y de la declaración final de la Asamblea sinodal que, por lo pronto, evitó el cisma temido por Pablo VI. La crisis esta-

<sup>4</sup> *Acta et documenta concilio vaticano II apparando, Series I. Antepreparatoria, I, P.II, II,746-747.*

llaría en el siguiente pontificado, desde la banda integrista con *Marcel Lefebvre*, a pesar de los esfuerzos realizados por la curia vaticana para impedirlo<sup>5</sup>.

Más tarde, el cardenal Wojtyla, ya miembro del consejo sinodal, pi-

---

*en audiencia concedida a los superiores generales de las congregaciones religiosas, Juan Pablo II les preguntó «si creían que la vida religiosa tenía futuro en la Iglesia»*

---

dió varias veces que el Sínodo dedicase una asamblea futura a los religiosos, por su importancia, sus crisis, su deseable inserción diocesana y su exención (1972). Lo mismo haría, tras la *III Asamblea* sobre la Evangelización (1974), preguntando sobre la eficacia de las órdenes religiosas en la vida eclesial y su misión pastoral específica, a nivel de las iglesias locales (1975)<sup>6</sup>.

La última Asamblea donde coincidieron como sinodales P. Arrupe y

<sup>5</sup> M. Alcalá SJ, *Historia del Sínodo de los obispos*. Madrid, 1996, pp. 60, 64, 65.

<sup>6</sup> G. Caprile SJ, *La partecipazione del Card. Wojtyla al Sínodo dei Vescovi*, pp.127, 136. En *Karol Wojtyla e il Sínodo dei Vescovi*, Roma, 1980.



K. Wojtyła fue la *IV Ordinaria*, sobre la Catequesis (1977). La intervención del cardenal polaco, apoyada por otros dos obispos compatriotas, se limitó a tocar la catequesis parroquial, única posible dada la situación sociopolítica dictatorial de su patria, y la difusión del ateísmo por los medios de comunicación estatales.

*Arrupe*, en cambio, habló en el aula del diálogo fe y cultura en la cate-

---

*la presencia continua del P.  
Arrupe en los medios de  
comunicación provocó en la  
opinión pública  
internacional un fuerte  
contraste entre su figura y  
la del Papa*

---

quisis, para proclamar a Cristo, único salvador y, por lo mismo, abierto a toda cultura, incluso a la atea y secularizada. Esto pedía *equilibrio entre audacia y prudencia, iniciativas y docilidad, juicio práctico y creatividad*. En su intervención escrita, conocida por *Wojtyła*, tocó la dimensión política de la catequesis, en relación con diversas formas del marxismo. Denunció todas las violencias y los silencios del materialismo dialéctico y pidió un serio discernimiento sobre el mismo.

El rechazo del purpurado polaco a esto último era total. Por su parte, varios obispos denunciaron con dureza en el aula ciertas actuaciones de los religiosos, influyentes en las *Teologías de la Liberación*. El cardenal *Eduardo Pironio*, prefecto de la Congregación específica, defendió la vida consagrada en un clima muy tenso. Felicitado públicamente por *P. Arrupe*, fue criticado en privado por varios curiales<sup>7</sup>.

### Wojtyła Papa

El 16 de octubre de 1978, sobre las siete de la tarde de la segunda jornada del cónclave y a su octavo escrutinio global, el cardenal de Cracovia fue elegido Papa y tomó el nombre de *Juan-Pablo II*. De inmediato fue avisado el padre *Arrupe*. Cuando subió a la azotea de su curia, orientada a la plaza de S. Pedro, todavía salía el humo blanco por la chimenea de la Capilla Sixtina.

Quien esto escribe estaba a su lado y escuchaba sus comentarios en los minutos precedentes a la aparición papal en la *loggia* de la Basílica. Eran opiniones positivas que no reflejaban reservas y que repitió tras el primer discurso oficial del Papa. Nada, pues, parecido a la

---

<sup>7</sup> M. Alcalá, *o.c.* pp. 172, 174, 177, 179, 184.

desazón de *Ignacio de Loyola* por sus discrepancias con el cardenal *Juan P. Caraffa*, al ser éste elegido, como *Pablo IV* (1555).

Con todo, la relación de *Arrupe* y *Juan Pablo II* empezó con cierto mar de fondo. El Papa anterior, *Albino Luciani*, había fallecido de repente en la misma víspera de su audiencia a un grupo de delegados jesuitas (28.IX.1978). El general pidió a la secretaría de Estado su discurso, no pronunciado. Quería saber si se habían superado ciertas tensiones durante el pontificado del papa *Montini*. Un mes más tarde se le envió el discurso con la nota de que *Juan Pablo II*, recién nombrado, lo hacía suyo. Si llamó algo la atención que *Juan Pablo I*, muy amigo de la Orden, retomara matices del pasado, mucho más sorprendió la apostilla personal del nuevo Papa que indicaba una valoración ya formada.

Entre tanto llegó un segundo contratiempo. *Arrupe*, como presidente de la *Unión de Superiores Generales*, pidió audiencia papal para exponer al Pontífice la situación mundial de la vida religiosa y presentarle a los padres generales en persona. Le fue concedida para el 10.XI.1978. Su previo informe escrito, llevado por un propio al Vaticano, naufragó en la burocracia curial y no llegó a su destino. El

general debió resumirlo. Más tarde, acabado el saludo, el Pontífice preguntó a los generales «*si creían que la vida religiosa tenía futuro en la Iglesia*». La pregunta desconcertó. Delataba quizá una opinión personal. De hecho, el papa no conocía bien la vida religiosa apostólica, al estar *hibernada* en su patria por el régimen comunista. Luego, durante parte de su pontificado, tampoco la justipreció, quizá por su impacto en la gran fermentación eclesial posconciliar.

Un tercer factor de la distonía fue el voluminoso informe sobre la Compañía, estudiado por los conclavistas. En él constaba el malentendido entre la Congregación General XXXII y *Pablo VI*, sobre el proyecto de ampliación del cuarto voto constitucional a todos los jesuitas. Según parece, el Papa *Montini* había pensado nombrar un delegado suyo para solucionar las tensiones pero, al consultarlo con algunos jesuitas, abandonó la idea. La mayor parte del informe provenía de obispos latinoamericanos identificados, en mayor o menor medida, con las oligarquías locales y que se sentían incómodos ante las denuncias de las *teologías de la liberación*, achacando a los jesuitas algunas de sus inspiraciones. También era notable el apartado dedicado a España y al intento de división de la Orden, protagonizado

por jesuitas decepcionados por el Concilio y, más aún, por el post-concilio<sup>8</sup>.

Al año siguiente (28.I.1979), *Juan Pablo* y *Arrupe* volvieron a coincidir en la *III Asamblea del CELAM*, (Puebla de los Angeles. México). El hasta entonces arzobispo secretario de la misma, *Alfonso López Trujillo* había excluido a los teólogos de la liberación y hecho todo lo posible para que el general jesuita no asistiera al encuentro, por considerarlo el principal animador de aquellas corrientes. No logró su propósito porque *Arrupe* fue invitado personalmente por el cardenal *Sebastián Baggio*, presidente del *Consejo pontificio para América Latina*.

Con todo, el influjo del secretario del CELAM se evidenció en la redacción del discurso papal. Este citó, como amenazas a la gran Iglesia latinoamericana, la *Iglesia popular* (ideal de las comunidades de base); la *relectura bíblica en clave política marxista* (practicada por varias Teologías de la Liberación) y el *magisterio paralelo* (alusión implícita a religiosos latinoamericanos). Eran las quejas personales del prelado colombiano. De su parte, *P. Arrupe*, pidió a los jesuitas un es-

crupuloso respeto a la jerarquía eclesiástica, pero defendió a su Orden de las acusaciones de marxismo, lanzadas por la prensa tendenciosa<sup>9</sup>.

### Las imágenes públicas

Durante el bienio 1979-1980, una actitud de exposición continua de *P. Arrupe* ante los medios de comunicación provocó en la opinión pública internacional, un contraste fuerte entre su figura y la del Papa. El jesuita era calificado por varios sectores, de *avanzado* y el pontífice polaco, de *conservador*. Aunque tales apreciaciones fueran simplistas e inexactas, tenían su carga de peligrosidad. Había eclesiásticos conservadores que no se molestaban, al ser calificados de *progresistas*, pero que se consideraban «agraviados» si se les tenía por lo que eran en realidad.

Algunos curiales del entorno papal se sonreían, al escuchar que *Juan Pablo II* era *progresista* en cuestiones sociales, pero se indignaban si se le llamaba *conservador* en temas religiosos o le achacaban el reservarse cualquier sentido de denuncia profética, también propia de la vida religiosa. También les molestaba la contraposición de li-

---

<sup>8</sup> M. Alcalá SJ, *Gozo y martirio en España (1965-1970)* en *P. Arrupe. Así lo vieron*. Santander, 1968.

---

<sup>9</sup> M. Alcalá SJ, *Pedro Arrupe y las teologías de la liberación*. Manresa, 1990, 151-164.



derazgos entre el «papa blanco» y el «papa negro». Algunos pensaban que *Arrupe* aceleraba ciertos problemas pendientes del postconcilio, mientras el Papa tenía sus reservas. Así, *la colegialidad episcopal efectiva, los criterios seguidos en el nombramiento de obispos y el ecumenismo anestesiado*.

Como casi todas las congregaciones apostólicas, también la Compañía de Jesús, padeció durante el postconcilio, tensiones e incluso oposiciones internas entre los sectores: *restauradores y renovadores*. Sin embargo, en una Congregación, tan vinculada al papa por su voto de obediencia en el ámbito de la *misión*, aquellos disensos cobraban especial sensibilidad. Los restauradores acusaban a los renovadores, a veces ante las mismas instancias romanas, de infidelidad y desobediencia al Papa. Con el tiempo esto influyó en las relaciones mutuas de alto nivel. En concreto, la comunicación entre las curias pontificia y jesuítica, muy ágil en tiempos de *Pío XII* y que había perdido fluidez en los de *Pablo VI*, llegó a momentos de «espesor», durante el papado de *Juan Pablo II*. En ciertas situaciones delicadas hubo falta recíproca de información. Fue un doble error: tanto de algunos asesores cercanos al general jesuita como de curiales, próximos al Pontífice.

Durante aquella etapa de grandes tensiones ocurrió un momento especialmente crítico. Del 17 al 21 de setiembre de 1979 se reunían en Roma los presidentes de las conferencias de provinciales jesuitas con *Arrupe*, para tratar los temas del discurso de *Juan Pablo I*, antes aludido, y para estudiar nuevos documentos de las Congregaciones romanas de Obispos y de Religiosos, sobre sus *relaciones mutuas*. Se pi-

---

*la comunicación entre las curias pontificia y jesuítica, muy ágil en tiempos anteriores, adoleció de falta recíproca de información*

---

dió audiencia al Papa, según costumbre, para el final de la reunión. *Juan Pablo II* dirigió a los asistentes un discurso breve, pero formalmente muy duro.

Tras afirmar su benevolencia con la Orden ignaciana, dijo que la crisis que en los últimos tiempos había sufrido y sufría la vida religiosa, había afectado también a la Compañía, causando desorientación en el pueblo cristiano, preocupaciones a la Iglesia, a la jerarquía y a él mismo. Recomendó poner firme remedio a las deplorables deficiencias, recurriendo al espíritu genuino de San Ignacio. Fi-

nalmente repitió las recomendaciones de *Pablo VI* y *Juan Pablo I*, insistiendo en la espiritualidad, el acatamiento del magisterio y la sólida formación de los jóvenes<sup>10</sup>.

### Crisis

*Arrupe* consideró aquel discurso como crítica pública a su gobierno

---

*Arrupe consideró el duro discurso de Juan Pablo II, en septiembre de 1979, como una crítica a su gobierno y recomendó a la orden un profundo examen de conciencia*

---

y, tras asumir su responsabilidad como superior general, recomendó a la Orden un profundo examen de conciencia, para rectificar lo que fuera necesario<sup>11</sup>. Al mismo tiempo, reflexionó también sobre su propio futuro de superior *vitalicio*. Llevaba ya quince años de gobierno. Sumando otro más, para el proceso de su eventual dimisión jurídica, su edad frisaría los 74 años, a saber, casi el plazo reco-

mendado en el Derecho Canónico para renunciar al gobierno eclesiástico. Su misión, pues, le parecía esencialmente cumplida.

Tras consultar a los cuatro «consultores para la providencia» de la Compañía y recibir su *visto bueno*, pidió también preceptivamente la opinión a los provinciales. Estos debían contestar en clave, antes del día de Pascua (6.IV.1980). Votaron a favor del proyecto, 52 (91'24%) y en contra, 5 (8'7%). *Arrupe* redactó la convocatoria de la Congregación General. Tras haber tomado la decisión y, orillado así cualquier precedente jurídico en el futuro, solicitó audiencia a *Juan Pablo II*. Lo hizo por respeto personal al Papa, al ser la primera vez que aquello ocurría en la historia de la Orden, aunque sin estar obligado a ello. Al no recibir contestación en un tiempo prudencial, insistió ante el cardenal *A. Casaroli* secretario de Estado, indicándole se trataba de un problema de conciencia<sup>12</sup>.

Entonces el Papa lo recibió diez minutos (18.IV.1980), quedando sorprendido por una iniciativa que desbordaba sus previsiones. De hecho despidió al general, que fue quien habló, interrumpiéndole dos veces para preguntarle *qué podría*

<sup>10</sup> *Acta Romana Societatis Iesu*, XVII (1979) 641-641. Ver J.Beyer SJ (ed) *Juan Pablo II a las religiosas y religiosos*. I 1 94-97 [B].

<sup>11</sup> *Acta Romana Societatis Iesu*. Ibid. 829-837.

<sup>12</sup> Notas del encuentro con *Arrupe* en su curia, el domingo (5.X.1980) a las 19,10.

*hacer él y si la Compañía obedecería su eventual decisión.* Por lo visto, dudaba de ella. Arrupe se la aseguró antes de marcharse, pero sin recibir ninguna respuesta.

El Papa, tras consultar con su entorno curial y tal vez con algún jesuita, le envió doce días después, en vísperas de su primer viaje al Africa, una carta autógrafa (1.V.80). En ella rechazaba el proyecto de dimisión «por bien de la Iglesia». Algo después (30.VI.80), también en vísperas de otro viaje, esta vez al Brasil, le comunicó, por carta del cardenal Secretario de estado, *Agostino Casaroli*, la prohibición de convocar las próximas congregaciones provinciales, por la relación que podrían tener con el proceso suspendido.

Arrupe comunicó a toda la orden tales medidas (3.VII.80), en una carta revisada por el Papa en persona. Era, pues, el preámbulo de una situación excepcional que debía mentenerse en secreto hasta primero de Agosto, pero que fue aireado prematuramente por la prensa, tras filtrarse desde círculos vaticanos<sup>13</sup>.

En agosto de 1980, Arrupe hizo ejercicios espirituales con su com-

pañero español *Luis González*. Entre agitación de diversos espíritus, consiguió la *indiferencia ignaciana* para encarar la voluntad de Dios, fuera la que fuera<sup>14</sup>.

Todavía aquel mismo año, el Pontífice y Arrupe asistieron a la *V Asamblea Ordinaria del Sínodo*, sobre *Tareas de la Familia cristiana en el mundo actual* (26.IX-25.X.1980). En ella el general jesuita actuó con su habitual libertad, pidiendo «tiempo, modo y medida» en los conflictos familiares, a ejemplo de un Dios paciente y buscando equilibrio entre la buena conciencia y la ley. En su segunda intervención, rechazó, en nombre de la *Unión de superiores generales* que aún presidía, la acusación de algunos obispos sinodales a los religiosos de difundir un «magisterio paralelo», pues, aunque se hubiera dado en algún caso, no era la conducta generalizada, como parecía insinuarse<sup>15</sup>.

A comienzos del año siguiente (17.I.1981), *Juan Pablo II* convocó al general jesuita para «comentarle» su actuación en el tema de la dimisión. Fue la única entrevista lenta y reposada entre ambos, según pudo saberse luego. Otro segundo encuentro se tuvo algo más tarde

<sup>14</sup> L. González, *El Padre Arrupe que yo conocí. Recuerdos personales. «Razón y Fe»*, 223 (1991), 294-300.

<sup>15</sup> M. Alcalá, *Historia del Sínodo de los obispos II*. pp. 220, 228.

(11.IV). Aunque no trascendiera casi nada de su contenido, parece que el Papa le indicó, al menos genéricamente, sus planes de actuación conjunta. Durante ambas fechas tuvo lugar la visita papal al Japón (23-26.II). En ella conoció el Pontífice al jesuita sardo *G.Pittau*, rector de la Universidad Sophia, con quien empatizó notablemente.

Al parecer, el Papa pensaba nombrarle a Arrupe, para gobernar a la Compañía, un delegado apostólico, tal vez no jesuita. Sin embargo, cambió de opinión, por el consejo de su cardenal secretario de Estado *Agostino Casaroli* y, quizá también del arzobispo *Carlo M. Martini* S.I. (Milán) y pensó en un delegado jesuita.

Entre tanto, la vida de la Compañía seguía adelante en aparente normalidad. La mayoría de los compañeros se apiñaban en torno a su superior general. Este producía la impresión de un despegue espiritual, expresado en su conferencia *Arraigados y cimentados en la caridad* (6.II.1981).

Tres meses después, tuvo lugar el criminal atentado contra el Papa (13.V) que paralizó muchas actividades curiales en un postoperatorio largo y complicado.

*P. Arrupe*, por su parte, continuó sus visitas intercontinentales. Par-

ticipó en reuniones de las conferencias episcopales africana y malgache (28.V-5.VII). Luego fue a Filipinas a celebrar el IV centenario de la llegada de la Compañía de Jesús al archipiélago. A la vuelta, visitó a los jesuitas de Indonesia (26.VII.-6.VIII). Esta doble visita, la más larga de su gobierno, estuvo llena de cargas afectivas en encuentros con los compañeros, debido a su situación personal y a las dificultades pastorales de la Compañía en el *mundo asiático*.

Al llegar al aeropuerto de Fiumicino (Roma), de regreso de Bangkok (7.VIII.1981), un infarto cerebral dejó a *Arrupe* con afasia y hemiplejía parcial, de las que ya no se recuperaría totalmente. Poco después (12.VIII) se adivinó con dificultad que nombraba vicario temporal a *Vincent O' Keefe* (USA), su primer asistente. Era una persona no grata al Papa por su talante y por ciertas declaraciones públicas sobre temas como la ordenación sacerdotal femenina y el uso de los anticonceptivos.

En aquella situación precaria, *Juan Pablo II*, restablecida su salud, que había aumentado su autoridad mundial, designó (5.X.1981) al octogenario *Paolo Dezza* S.J., *Delegado apostólico personal* con plenos poderes. Como *coadjutor* nombró al más joven *Giusseppe Pittau* S.J.

(n.1928), al que acababa de conocer en el Japón. La función de ambos sería preparar la futura Congregación General para solucionar el tema del *general impedido* y rectificar el gobierno.

Sea lo que fuere de ello, la obediencia de la Compañía llamó la atención al Papa que lo reconoció públicamente más tarde, en una alocución programática a la asamblea de provinciales y miembros de la curia central, en presencia de los padres *Dezza, Pittau y Arrupe*: «La situación sin duda singular y excepcional, ha provocado una intervención, una prueba que –lo digo con intensa emoción– han sido acogidas por los miembros de la Orden con espíritu auténticamente ignaciano» (27.II.1982)<sup>16</sup>.

El 25.XI.82, Juan Pablo II nombró a *J. Ratzinger*, arzobispo de Munich, prefecto de la *Congregación de la doctrina de la fe*. El futuro Papa Benedicto XVI se transformó en teólogo del Papa. A partir de entonces menudean los conflictos del Vaticano con las *Teologías de la Liberación* que habían sido objeto de un estudio por la *Comisión Teológica Internacional* y que serían prácticamente proscritas por la Congregación vaticana de la fe, en 1984, aunque la condena fuese algo «dulcifi-

cada» en 1986. También crecieron las dificultades con algunos teólogos, varios de ellos religiosos.

Un año más tarde, *Dezza* fue autorizado a convocar la 330 *Congregación General* de la Orden. El Papa presidió la Eucaristía inaugural en la Curia jesuítica (2.IX.1983) y estuvo más cordial, aunque no olvidó aludir a sus pasados avisos. Al día siguiente fue presentada y

---

*el nombramiento por parte de Juan Pablo II de un delegado apostólico personal con plenos poderes en la persona del P. Dezza, fue «acogido por los miembros de la orden con espíritu auténticamente ignaciano», en palabras del mismo Papa*

---

aceptada la dimisión de *Arrupe*. Diez días después (13.IX), se tuvo la votación de los 220 electores sobre el sucesor. Resultó elegido, al primer escrutinio y casi por unanimidad, el neerlandés *Peter Hans Kolvenbach*. La opinión pública se quedó asombrada, no sólo por haber sido elegido tan rápidamente, sino por ser una persona universalmente desconocida. Se temía o esperaba, según los casos, una

<sup>16</sup> *Acta Romana Societatis Iesu*, XVIII (1982), 721. B. III. 1995, 174-192.



votación más reñida. Sin embargo, los electores dieron ejemplo elocuente de cohesión, unidad, libertad y fortaleza espiritual.

### Nueva etapa

*Juan Pablo II* supo la noticia de la elección al bajar en Mariazell del helicóptero procedente de Viena, al fin de su visita a Austria (10-13. IX.1983). El papa no hizo comentarios. Años después (1998) hizo a este jesuita sardo arzobispo secretario de la Congregación de la Enseñanza Católica, como había ya nombrado cardenal al antiguo delegado *Paolo Dezza* (1991).

*Peter Hans Kolvenbach*, a sus 55 años de edad y 35 de Compañía, era poco más que un nombre para el papa, aunque él mismo le hubiera dado su visto bueno para rector del *Pontificio Instituto Oriental* (1. XI.1981), donde estaba como profesor, terminado ya su gobierno provincial en el Próximo Oriente (Egipto, Líbano, Siria y Turquía).

¿Cuál fue la clave de su elección? La Asamblea, sin duda traumatizada por las pasadas tensiones, buscó una persona, símbolo de novedad y continuidad, un hombre espiritual, ajeno a influjos curiales, alerta por familia (padre alemán y madre italiana) y formación (mun-

do oriental y musulmán) a los diálogos fe-cultura e interreligioso, buen políglota para el trato personal, conocedor de varias regiones de la Compañía y con experiencias de gobierno. No debían ser muchos quienes cumplían tales condiciones. *Kolvenbach*, sí. Además, estaba curtido por la guerra civil libanesa (1975-1980). Su aposento fue dos veces destruido. Lo perdió todo y ganó libertad. Además era hombre de la confianza de *Arrupe*.<sup>17</sup>

La situación en que empezaba su gobierno general era difícil. Aun superada la crisis formal con el Papa y contando con el aval mayoritario de su Orden, debía volverla a la normalidad, dinamizándola, evitando vacíos y afrontando dificultades. *Arrupe* enfermo, era referencia no sólo para muchos jesuitas, sino también para numerosos religiosos y religiosas.

*Kolvenbach* empezó a tomar medidas. Entre las primeras, nombró su consejero personal para las relacio-

---

<sup>17</sup> Enviado a Beirut con otros jóvenes para reforzar la provincia del Medio Oriente (1958), estudió árabe y teología. Se ordenó sacerdote de rito oriental (1961). Logró el doctorado de lingüística y armenio en París (1967). Acabó su formación en Connecticut, USA (1968). *Arrupe* le concedió la profesión (1969), lo hizo viceprovincial del Medio Oriente (1974) y lo propuso al papa Juan Pablo II, como rector del Instituto Bíblico pontificio (1981).

nes con el Vaticano al ex-subdelegado pontificio *G.Pittau*. Además, de forma muy consciente, provocó el eclipse parcial de su propia imagen; como por ensalmo, muchas celotipias se esfumaron. Enfriando el posible sensacionalismo de su elección, retrasó dos meses su primera rueda de prensa, hasta final de la Congregación (25.XI.83) y se presentó al largo centenar de periodistas con tres de los cuatro asistentes generales y con el consejero *Pittau*. Ellos saldrían al paso en los temas candentes, aún no bien dominados por él, como Latinoamérica, Europa marxista, África negra, Extremo Oriente e incluso la administración vaticana.

Restauró la comunicación fluida con la curia, asistiendo puntualmente a las sesiones de las Congregaciones y Dicasterios, a las que pertenecía y ofreciendo a sus prefectos gran cantidad de información. De otra parte, hizo constante referencia a *Arrupe* en sus varias comunicaciones a la Compañía. Estas, al comienzo algo escasas, fueron luego muy abundantes, cuando ya se había asentado su imagen de general «silencioso».

Hay una anécdota significativa sobre el tema. Al final del Concilio, el general *Arrupe* había hecho declaraciones al semanario liberal alemán «Der Spiegel» sobre el mo-

mento eclesial. No sentaron bien, ni a la jerarquía alemana, ni a *Pablo VI*, por el marco en que se producían. Veinte años después (15.XII.1986), el mismo semanario pidió una entrevista a *Kolvenbach*. Este la otorgó. Con todo, exigió al semanario el embargo del texto hasta que el papa en persona lo conociera. *Juan Pablo II* lo «autorizó» y, al año siguiente, le invitó a dar el retiro de Cuaresma a la curia y a él mismo. Era una forma de significar la paz. Esta se manifestaría de forma elocuente en la carta que el Papa dirigió a *Kolvenbach* con motivo del 500 aniversario del nacimiento de Ignacio de Loyola (31.VII.1990), en la que se advierte una cordialidad nueva<sup>18</sup>.

A tal situación había contribuido no poco el que los antiguos detractores de *Arrupe*, dentro y fuera de la Orden, empezaron a cambiar de actitud y a disminuir la agresividad curial contra la Compañía de Jesús, que, por cierto, no había iniciado un llamativo cambio de rumbo.

### Más paradojas

Entre tanto había surgido otro fenómeno muy peculiar, no obstante las pasadas tensiones con el gobierno jesuítico. *Juan Pablo II* se

<sup>18</sup>. OR. E. 30.VIII.90. B. VII, 212-219.

guía mostrando llamativa confianza con ciertos jesuitas y les otorgaba dignidades eclesiásticas, prescindiendo de las Constituciones de la Orden. Por esto, los nombramiento de cardenales y obispos de la Compañía de Jesús tenían bastante eco en la opinión pública eclesial.

Durante la enfermedad de *Arrupe*, el Papa designó a dos jesuitas como cardenales. Durante el gobier-

---

*Kolvenbach, sucesor de Arrupe, fue invitado por Juan Pablo II a dirigir el retiro cuaresmal de la curia vaticana en 1987*

---

no de *P.H. Kolvenbach* nombraría a once más. Si desde la fundación (1540) a la abolición de la Orden (1773), *siete* papas habían designado a *once* jesuitas cardenales y desde la restauración a *Pablo VI* (1814-1978), *seis* Pontífices hicieron purpurados a *quince* jesuitas, en sus 27 años de pontificado, *Juan Pablo II* hizo *trece* cardenales jesuitas<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Los cardenales de Juan Pablo II por orden cronológico fueron: 1983 *Carlo M. Martini* (1927) y *Henry de Lubac* (1896-1991). 1991: *Juan C. Korec* (1924). 1994: *Paulo*

El icono *cardenalicio jesuítico* de *Karol Wojtyla* fue heterogéneo. Así, agradecía los servicios prestados, exaltaba vidas heroicas; premiaba la dedicación teológica o revestía de púrpura a previos arzobispos primados.

Más complejo resulta el análisis de sus numerosos nombramientos episcopales. *Juan Pablo II* fue el papa que designó más jesuitas obispos, en toda la historia de la Orden. Antes de él, los Pontífices habían hecho obispos a 270 jesuitas. El, en concreto, nombró unos 75, entre arzobispos, obispos auxiliares y eméritos. Su reparto fue irregular: África (11), Américas (33), Asia (22), Europa (7) y Océanía (2)<sup>20</sup>.

Ante tal número de nombramientos la 340 Congregación General (1995) urgió al General *Kolvenbach* proseguir el diálogo sobre el tema con la Santa Sede y, si era oportuno, promulgar una normativa más clara, para los jesuitas que supieran se piensa en ellos para el

---

*Dezza* (1901-1999), *Julius R. Darmaatmadja* (1934), *Augusto Vargas*, (1922-2000) y *Alois Grillmeier* (1910-1998). 1998: 98, *Paul Shan Kuo-hsi* (1923) y *Adam Kozłowiecki* (1911). 2001: *Jorge M. Bergoglio* (1936), *Roberto Tucci* (1924) y *Avery Dulles* (1919). 2003, *Thomas Spidlik*.

<sup>20</sup> Ver la lista de los obispos jesuitas en <http://www.catholic-hierarchy.org>

Episcopado (VI.31). Ignacio de Loyola había determinado que los profesos jesuitas hicieran voto de no aceptar dignidades eclesiásticas y otro, de obediencia al papa en las misiones que él les confiara. Tal determinación fue aprobada por varios papas. Por lo general, hasta el siglo XX los Papas solían consultar al general tales *misiones*. K. Wojtyła aprobó el texto citado de la Congregación General 34, aunque, durante la misma, nombró a otro jesuita obispo.

### Icono y Sínodo episcopal

El citado «cuarto menguante» icónico logrado por *Kolvenbach*, se manifestó a la Iglesia jerárquica universal en las asambleas del *Sínodo de los obispos*, a las que asistió elegido por la *Unión de Superiores Generales*. Sus intervenciones fueron al principio sólo *escritas* (1985; 1990; 1991, 1994). Solamente a partir de la IX «*Asamblea ordinaria*» sagrada (1994), intervino oralmente en las siguientes (1995; 1997; 1998; 1999; 2001)<sup>21</sup>.

Si en todas actuó muy de acuerdo con los restantes padres generales, formando un auténtico grupo profético, en la *Asamblea sobre la vida consagrada* (1994) lo hizo de modo especialmente llamativo, evitando

junto con los demás superiores generales, cualquier autocrítica que hubiera podido achacar al Vaticano II las crisis de vocaciones. Lo mismo se podría decir de la última X *Asamblea ordinaria, sobre el obispo* (2001), uno de cuyos temas centrales fue la colegialidad *efectiva*<sup>22</sup>.

La última etapa del gobierno de *Juan Pablo II*, ya con los síntomas de su grave enfermedad, estuvo marcada por una extroversión hacia temas extraordinarios, como las visitas apostólicas, e intervenciones públicas, algunas de ellas sumamente acertadas. Sin embargo, parte del gobierno ordinario pasaba a manos de curiales. También durante esta etapa, tanto el general *Kolvenbach*, como la última Congregación de procuradores de la Orden (2003) siguieron insistiendo en el fomento del talante ignaciano y jesuítico de «sentir con la Iglesia», como característica esencial del Instituto.

Nada más fallecer el Sumo Pontífice, el General jesuita emitió un sobrio comunicado. Con profunda tristeza rogaba por la paz eterna de aquel, a quien la Compañía había estado unida por un vínculo especial de misión y servicio. Recordó su última audiencia de una media hora con *Juan Pablo II*, a finales de

<sup>21</sup> M. Alcalá SJ, *Historia del Sínodo de los Obispos*, Madrid, I (1996) y II (2002).

<sup>22</sup> *Ibid.* II. 181-243.

2004, donde el Papa le expresó su admiración por ver a una familia religiosa asumir el *apostolado de la oración por las intenciones del Pastor universal*. Terminaba con el siguiente párrafo: «*Demos gracias al Señor por el don que fue su Vicario en la tierra para la Iglesia, para la Compañía y para el mundo en un periodo tan importante, doloroso y complejo de la Historia*»<sup>23</sup>.

Al ser elegido el nuevo Papa, Benedicto XVI, el mismo padre General pidió a toda la Orden oracio-

nes por él, añadiendo textualmente: «*En nombre de todos los jesuitas, he asegurado a Su Santidad que «nuestro servicio a la Iglesia sólo será verdaderamente cristiano si está anclado en la fidelidad a Aquél que hace nuevas todas las cosas; y sólo será jesuítico si está unido con el sucesor de Pedro*»<sup>24</sup>.

Ya en el nuevo pontificado la Compañía de Jesús prosigue su camino eclesial, confiando en el Señor resucitado, cuyo nombre le ha acompañado a lo largo de todas las vicisitudes de su historia. ■

---

<sup>23</sup> Nota de la Curia General de la Compañía de Jesús 2005/06. 3 de Abril de 2005.

---

<sup>24</sup> Comunicación del P. Peter H. Kolvenbach a toda la Compañía (22.IV.2005). La cita está tomada de las *Normas complementarias a las Constituciones de la Compañía (252)*, aprobadas por la *Congregación General 34 (1995)*.